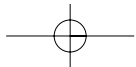
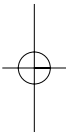
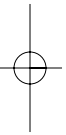


El hechizo de Grey

La Romántica



Janet Chapman
El hechizo de Grey
Highlanders en Maine I

Traducción de Aurora Elizalde

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Charming the Highlander*

© Janet Chapman, 2003

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books,
un sello de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Aurora Elizalde, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2009

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Anna Àdén / www.flickr.com/photos/imable,

© Alan Hicks / Getty Images y © Nic Skerten / Trevillion

Primera edición en Colección Booket: abril de 2009

Depósito legal: B. 11.158-2009

ISBN: 978-84-08-08590-4

Composición: Víctor Igual, S. L.

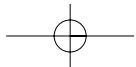
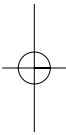
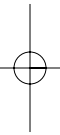
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

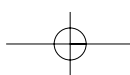
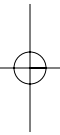
Biografía

Janet Chapman nació en Maine (Estados Unidos), donde vive a orillas de un lago con su marido y sus dos hijos. Trabajó como maestra, pero actualmente está volcada por completo en su carrera de escritora. *El hechizo de Grey*, su primera novela, fue publicada en 2003. Desde entonces no ha parado de escribir, y actualmente está trabajando en varios proyectos. Booket publica en 2009 sus obras *El hechizo de Grey*, *Amar a Morgan* y *La boda del guerrero*, que forman parte de su aclamada colección de novelas sobre viajes en el tiempo.

Más información en: www.janetchapman.com



Para Robbie, que durante todos estos años ha montado guardia en la puerta con el fin de impedir que el mundo invadiera mi sueño; por tu paciencia, tu apoyo y tu fuerza a la hora de asumir esa carga, por ser una roca en medio de las corrientes de la vida... En fin, abreviando: gracias. Han pasado veinticinco años, marido, y este viaje no hace más que mejorar.



Prólogo

Tierras Altas de Escocia, año 1200 d.C.

El día era realmente infernal para llevar a cabo un hechizo. El sol se acercaba a su cenit, y la luz, implacable y cegadora, se reflejaba en el reseco paisaje en forma de sofocantes oleadas de calor. De vez en cuando una árida brisa levantaba algún remolino de polvo, el único movimiento que se apreciaba en el valle de abajo. Hasta los pájaros se negaban a apartarse de la sombra protectora que ofrecía el sediento bosque de robles.

Despacio, apoyándose con fuerza en su viejo báculo de cerezo, Pendaär iba subiendo laboriosamente hacia la cima del risco. En silencio, el anciano mago se maldecía por haberse vestido con el traje ceremonial completo, porque más de una vez la túnica se le enganchaba a un matojo y a cada paso tenía que detenerse a soltarla.

¡Por los clavos de Cristo, qué cansado estaba!

Pendaär se detuvo y se apoyó en una roca redondeada para recobrar el aliento; mientras se apartaba de la cara el largo pelo blanco, ya húmedo de sudor, miró el camino que había recorrido por si veía algún rastro de los MacKeage. Gracias a las estrellas, no tardaría en irse de aquel lugar dejado de la mano de Dios. Estaba harto de esta época áspera donde imperaba la continua lucha por la supervivencia; una época llena de guerras sin sentido

entre hombres arrogantes que combatían por el poder y la posición.

Sí, estaba deseando descubrir las comodidades de un mundo mucho más moderno.

Tiró de la túnica y se sacudió el polvo del bajo, maldiciendo una vez más a los cuerpos celestes por la ocurrencia de adoptar una perfecta alineación en un día tan horroroso. Pero Greylen MacKeage, terrateniente de su clan, estaba a punto de empezar un viaje de lo más singular, y Pendaär estaba decidido a tener un buen sitio en la despedida. Ansioso por ocupar su lugar, el cansado mago dio por terminado su receso y siguió subiendo la colina.

Al llegar por fin a la cima se acomodó sobre un afloramiento de granito, alzó la cara hacia el sol y dejó que la cálida brisa le agitase el pelo y le refrescara el cuello. Cuando por fin pudo respirar sin jadeos, se puso el rugoso báculo de cerezo en el regazo y empezó a acariciar los nudos de la madera; al mismo tiempo fue repitiendo despacio las palabras de su hechizo, concentrándose en recitarlas de forma correcta.

Treinta y un años de concienzudo trabajo iban a culminar aquel día. Treinta y un años de velar y de preocuparse por el fuerte, y a menudo camorrista, *laird* del clan MacKeage, al fin darían fruto. El sol casi había llegado a su cenit, los cuerpos celestes se alineaban...

Y Greylen MacKeage llegaba tarde.

A Pendaär no le sorprendía; aquel chico ya se había retrasado sus buenas dos semanas a la hora de nacer... Y ahora corría el peligro de perderse hasta el destino que las estrellas le habían prometido treinta y dos años antes, la noche en que fue concebido, y es que Greylen MacKeage llevaba la semilla del sucesor de Pendaär.

Sin embargo, la pareja de Greylen tenía que nacer en la Norteamérica de finales del s. xx. Y la tarea de reunir-

los estaba costándole al anciano mago un sinfín de ataques de frustración.

Desde luego resultaría más fácil si supiera quién era la mujer... Porque ése era el problema. Los que mandan tenían un sentido del humor cruel y, a veces, hasta algo perverso; a Pendaär no le concedieron saber la identidad de las dos personas que engendrarían a su heredero, sino sólo de una, el hombre o la mujer. Escogió el hechizo que le mostró a Greylen MacKeage..., y después se había pasado los primeros treinta y un años de la vida de Greylen intentando mantenerlo vivo. No fue fácil. Los MacKeage eran un clan pequeño pero poderoso, que parecía tener más enemigos que casi todos los demás. Siempre estaban en guerra con una u otra tribu, y su impetuoso y joven *laird* insistía en acudir el primero a la batalla.

Pero en aquel momento de quien Pendaär quería saber más cosas era de la mujer. ¿Sería hermosa? ¿Sería inteligente? ¿Tendría el ánimo y el valor precisos para estar a la altura de un hombre como Greylen MacKeage? Seguramente, en su condición de mitad de la pareja mágica, contaría con todo lo necesario para dar a luz a un mago, ¿no?

Esas preocupaciones lo habían dejado muchas noches sin dormir. Incluso llegó a visitar una vez las montañas del noroeste de Maine, tras adelantarse ocho siglos en el tiempo, con la esperanza de reconocer a aquella mujer. Pero el hechizo que la protegía estaba sellado, y su magia no podía abrirlo. Sólo la encontraría el hombre destinado a poseerla; a su manera y a su modo, sólo Greylen MacKeage reclamaría a la mujer que los antiguos le habían elegido por compañera.

Es decir, si es que el *laird* aparecía de una vez.

Casi una hora más tarde, Greylen y tres de sus guerreros doblaron la curva del camino lleno de baches y aparecieron por fin. Eran toda una visión. Cabalgaban en silencio, en fila, montados sobre fuertes caballos de guerra que

controlaban sin aparente esfuerzo. Iban sucios y quizá un poco cansados del largo viaje, pero parecían haber hecho el trayecto sin contratiempos.

Pendaär se levantó con esfuerzo. Había llegado el momento. Entonces se echó atrás las mangas de la túnica, señaló con su báculo al cielo y cerró los ojos mientras empezaba a salmodiar el hechizo que convocaría los poderes de la naturaleza.

De repente, un grito de combate atravesó el aire.

Al oírlo, Greylen MacKeage detuvo su caballo y desenvainó la espada; unos guerreros abandonaban el refugio de los árboles y se le acercaban a galope. Cayeron sobre Greylen y su pequeño grupo de viajeros dispuestos para la batalla: llevaban pinturas de guerra e iban con las espadas en alto.

Eran los MacBain, aquellos bastardos amantes de las emboscadas.

Morgan, el hermano de Greylen, se puso a su lado al instante, y los otros dos hombres se apresuraron a flanquearlos para formar un imponente y poderoso muro. Greylen miró primero a su derecha y luego a su izquierda antes de volver de nuevo la atención hacia el enemigo; con una sonrisa de expectación, alzó la espada y respondió a la llamada de combate con otro grito. Luego, tras espolear sus caballos, los cuatro guerreros MacKeage atacaron a los MacBain. Su risa no tardó en perderse entre los sonidos de la batalla.

Greylen no había buscado la pelea, pero por Dios que, si Michael MacBain quería morir en aquella jornada, no dudaría en ayudar a que aquel malvado acabase en el infierno.

Es decir, si es que Ian no despachaba primero al bastardo. Aunque ya no estaba en la flor de la edad, Ian MacKeage luchaba como un poseso, y Greylen apenas podía proteger la espalda de su viejo amigo mientras cubría la

suya propia. El olor a sudor de caballo se unía al del polvo que levantaba el combate; en el fondo de la garganta de Grey ardía un sabor a sangre, bilis y cólera.

Su caballo tropezó al sufrir la carga de la montura de MacBain. Grey agachó la cabeza a la derecha, describió un arco con el brazo y, con la espada de plano, golpeó a Michael MacBain en plena espalda. El golpe habría derribado a un hombre de menor valía, pero MacBain se limitó a reír en voz alta y apartar su caballo.

Aquel combate era un ejercicio inútil, y los dos lo sabían. Seis MacBain contra cuatro MacKeage no era lo que se dice una proporción justa: haría falta otra media docena de guerreros MacBain para igualar la pelea..., y Greylen volvió a preguntarse qué era lo que pretendía Michael.

¿Buscaba sólo diversión? ¿Quizá azuzar su ira? ¿O se había cansado de esperar las represalias de Grey?

Sí. Michael llevaba los tres últimos años en perpetuo estado de alerta y se había cansado; ahora intentaba forzar una guerra que Greylen no tenía intención de declarar. Ninguna mujer, por muy inocente que fuera y por mucho tiempo que llevase muerta, era digna de que todo un clan se levantara en armas contra otro. Y, además, a Michael no le hacía falta morir aquel día para sentir el fuego del infierno. Greylen apostaba el brazo con el que manejaba la espada a que MacBain ya conocía muy bien el Hades.

Un resplandeciente destello de luz, allá en lo alto de la colina, llamó la atención de Greylen, que hizo dar la vuelta en redondo a su caballo para verlo mejor. Una figura solitaria se alzaba en el risco; su amplia túnica ondeaba al viento, que arreciaba, y el enmarañado pelo blanco le ocultaba la cara. Sus brazos, extendidos en alto, se recortaban en un cielo cada vez más oscuro, y en una mano tenía un palo que resplandecía como los carbones de un fuego que llevara mucho tiempo encendido.

Grey lanzó una rápida ojeada atrás, hacia la batalla, y

vio que Michael MacBain detenía su caballo de pronto y miraba hacia el risco. Pero antes de pensar en lo que veía, tanto él como MacBain volvieron a meterse en un combate en el que Grey ya no tenía ganas de luchar.

Pendaär cerró los ojos y salmodió en voz alta el hechizo de sus ancestros. Un relámpago chisporroteó en torno a él y le levantó el pelo del cuello, mientras el viento le pegaba la túnica a las piernas. La luz brilló tras sus parpados, y el viejo mago se tambaleó al sentir el ataque.

Desde el valle, los sonidos de la batalla llegaron con más fuerza.

Despacio, Pendaär abrió los ojos y echó una mirada asesina al curtido báculo lleno de nudos que tenía en la mano. No había ocurrido nada. Volvió a mirar hacia abajo; aquellos ingobernables MacBain seguían acosando a los MacKeage.

Entonces alzó el báculo otra vez con una orden para que las nubes hirvieran, los vientos aullaran y la lluvia cayera a raudales. Luego se adentró bien en su alma y convocó el poder de los antiguos para añadir su fuerza a sus propios mil cuatrocientos años de hechicería. Greylen MacKeage no debía resultar herido en aquella jornada; tenía que cumplir un destino mucho más noble, que lo llevaría a realizar un viaje que pocos hombres habían conocido.

Con las piernas bien abiertas y los pies plantados con firmeza en el risco, Pendaär se preparó para sentir el familiar choque de energía que estaba a punto de liberar. Alzó la cabeza y los brazos y habló más despacio en su lengua de mago para efectuar el hechizo del tiempo sobre la materia. Una vez más, su largo pelo blanco se cargó de electricidad, y cada músculo de su cuerpo tembló de poder...

Y siguió sin pasar nada.

Con un inmenso rugido de frustración, Pendaär tiró la vara de cerezo a la roca redondeada donde se había sentado antes. El báculo rebotó y, de repente, lo alcanzó un

rayo. Entonces se animó con un chisporroteo y se quedó suspendido en alto por encima del valle, mientras unos veloces arcos de energía salían de él en todas direcciones.

Una gran oscuridad se abatió sobre la tierra. El chocar de aceros, los gritos de los hombres y el martilleo de los gigantes cascos de caballo cedieron ante el ensordecedor estampido de los truenos. De pronto empezó a llover a cántaros, y la lluvia torrencial hizo crecer el caos. Los árboles se doblaron hasta romperse, las rocas se quebraron, y las piedras cayeron sueltas, dando tumbos, desde el risco donde estaba Pendaär.

El mago cayó con ellas, rodando y dando volteretas, enredado en la túnica, ya empapada, mientras se esforzaba por buscar asidero en el desprendimiento de rocas. Lluvia, barro, piedras y arbustos cayeron con estrépito por la ladera del risco, arrastrando consigo a Pendaär.

Cuando toda aquella confusión acabó por fin, el viejo hechicero aterrizó con un golpe sordo y contundente, boca arriba en un charco de barro. De nuevo brillaba un fuerte sol que le caía a plomo sobre la cara y lo hacía bizquear.

Pero fue el silencio lo que al fin lo hizo moverse. Despacio, se incorporó y se apartó el pelo de la cara para mirar alrededor; tras frotarse los ojos con los puños, volvió a mirar..., y después hundió la cabeza entre las manos con un gruñido de consternación.

¿Qué había hecho?

Sí, desde luego Greylen MacKeage había emprendido el viaje aquel día..., pero al parecer no viajaba solo, porque no se veía a ningún MacKeage para continuar el combate, y tampoco a ninguno de los MacBain, amantes de las emboscadas. Hasta los caballos habían desaparecido con la tormenta. De la batalla sólo quedaba el barro pisoteado, la hierba revuelta y el débil retumbar de un trueno lejano.

Boquiabierto, Pendaär miró el valle vacío.

Él no se había ido con ellos.

Greylen MacKeage, sus hombres y aquellos malditos MacBain habían viajado en el tiempo sin él. ¡Por los clavos de Cristo! Estaban en el siglo XXI, sin guía ni objetivo... Y mientras tanto, como una verruga pegada a un sapo, él estaba allí..., y además no tenía ni idea de adónde habría huido su terco báculo.

Como pudo, se puso de pie y empezó a buscarlo con frenesí, corriendo en círculos, al tiempo que se retorció las manos y murmuraba maldiciones. Debía ir con los guerreros; tenía que impedir que se mataran unos a otros, o que mataran a algún inocente habitante del siglo XXI que se topara con ellos por casualidad.

Pendaär tardó media hora en encontrar su báculo. Estaba, muy tieso, clavado en medio de un charco de barro, y aún vibraba, transmitiendo una sutil energía. El mago se recogió la túnica y se metió en el charco, empuñó el báculo, que seguía emitiendo un zumbido, e intentó arrancarlo de un tirón del barro. Con un violento siseo, la vara de cerezo se retorció bruscamente; por lo visto, seguía enfadada. Pendaär hizo caso omiso de su gruñido y tiró tan fuerte que se cayó de espaldas y quedó despatarrado en el mojado suelo. Luego abrazó el báculo contra su pecho y, en voz baja, rezó pidiendo paciencia.

Empleó otros veinte minutos en calmar a la contrariada vara de cerezo, pasando las manos con suavidad sobre los nudos y susurrando disculpas.

Poco a poco el báculo se tranquilizó, y por fin Pendaär se puso de pie. Entonces rogó encarecidamente a la vara de cerezo que creciera de nuevo y volviera a atraer los poderes del universo hasta su mano. El báculo se alargó, se calentó y zumbó, esta vez en tono colaborador.

Pendaär cerró los ojos y empezó a salmodiar un nuevo hechizo mientras describía un amplio arco con el báculo. De repente, a sus pies apareció un maletín, y, como por

arte de magia, la túnica mojada y llena de barro desapareció de su cuerpo. El viejo hechicero abrió los ojos, se alisó la impecable sotana negra de lana que ahora llevaba puesta y pasó los dedos por el blanco alzacuello que le rodeaba la garganta.

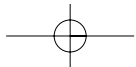
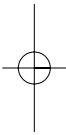
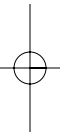
Luego sonrió. Sí, eso estaba mejor: de nuevo dominaba su magia.

Se apresuró a arrodillarse para abrir el maletín y confirmar que contenía todo lo que necesitaba para su viaje. Echó a un lado el rosario, el cepillo de dientes y una maquinilla eléctrica de cortar el pelo que estaba deseando probar, y tanteó en busca de los fajos de papel moneda que había pedido. Estaban justo debajo de otra sotana de lana, cinco pares de calcetines y un grueso chaquetón de tela escocesa a cuadros rojos.

Todo parecía en orden.

Pendaär se enderezó, volvió a alzar su báculo al cielo y salmodió otra vez su hechizo para trasladar la materia a través del tiempo. La oscuridad volvió al valle, y el relámpago cruzó, brillante, los cielos. Agarró su maletín, cerró los ojos y encorvó los hombros para enfrentarse al caos que estaba a punto de envolverlo.

Entonces lo rodeó un remolino de chispas que giraban cada vez más rápido: chispas cargadas de electricidad que hacían crepitar el aire con una luz blanca y cegadora. El viejo mago echó una última ojeada al paisaje del siglo XII antes de que éste desapareciera, y su risa quedó resonando como un eco mientras él, entusiasmado, partía a un extraordinario viaje. Su objetivo: ayudar a Greylen MacKeage a buscar a la mujer que le había sido destinada.



Capítulo uno

Principios de invierno, Norteamérica, en la actualidad

A esas alturas, lo que mantenía viva a Mary Sutter era la pura tozudez. Aún tenía una cosa que decir, y se negaba a rendirse al atractivo de la muerte hasta acabar de darle instrucciones a su hermana Grace.

Sentada junto a la cama del hospital, con los ojos hinchados por las lágrimas sin verter y el corazón en carne viva, Grace observaba cómo Mary luchaba por hablar. En la habitación ya no se oían suaves pitidos ni zumbidos amortiguados; todas las máquinas médicas que controlaban su deterioro se habían desconectado hacía justo una hora. En su lugar, una elocuente quietud se había posado en el cuarto. Grace se mantenía en dolorido silencio; sólo deseaba que su hermana viviera.

El día anterior, a mediodía, había recibido la llamada de teléfono que la avisó del accidente de coche. Para cuando llegó al hospital, el hijo de Mary ya había nacido; lo habían sacado del vientre de su madre mediante cirugía de urgencia. Y antes de las seis de aquella misma mañana los médicos le comunicaron que su hermana estaba muriéndose.

Tres años menor que Grace, Mary siempre había sido la más realista de las dos, la que tenía los pies en la tierra..., y, también, la más mandona: ya con cinco años llevaba el

hogar de los Sutter al imponer su voluntad sobre sus maduros padres, sus medio hermanos, que aún vivían en casa, y Grace.

Cuando, nueve años antes, sus padres murieron en un accidente de barco, fue Mary, con sólo dieciocho años, quien se ocupó de organizar todo el funeral. Cuando sus seis hermanastros llegaron a la casa desde los cuatro puntos del globo, sólo tuvieron que encargarse de portar los féretros de su padre y su madrastra. Fue una ceremonia hermosa pero triste. Después los seis hermanos volvieron a sus casas con sus familias y a sus trabajos; Grace regresó a Boston para acabar su doctorado en Física Matemática, y Mary se quedó en Pine Creek, en el estado de Maine, reivindicando como suyo el viejo hogar de los Sutter.

Por eso Grace se sorprendió mucho al verla aparecer a la puerta de su casa de Norfolk, en Virginia, cuatro meses atrás; sólo algo muy poderoso arrancaría a su hermana de aquellos bosques que amaba tanto... Y Mary no tuvo más que quitarse la chaqueta para que ella lo entendiera todo: estaba embarazada. Apenas empezaba a notársele, y al instante Grace tuvo claro que su hermana no sabía cómo lidiar con aquella situación.

Durante los últimos cuatro meses lo habían hablado en varias ocasiones, a veces de forma acalorada; pero, tozuda como era, Mary se negaba a discutir el problema con Grace. Había acudido hasta allí para ordenar sus ideas, reunir valor y decidir qué iba a hacer. Sí, amaba al padre del niño más que a su vida misma, pero no, no estaba segura de poder casarse con él.

Grace quiso saber si es que estaba casado.

No.

¿Vivía en la ciudad, entonces? ¿Tendría que mudarse Mary?

No.

¿Era un delincuente convicto y confeso?

¡Claro que no!

Por más que lo intentó, Grace no había conseguido que su hermana le contara qué le impedía volver a su casa y fijar una fecha para la boda..., a ser posible, antes del parto.

Mary ni siquiera le dijo cómo se llamaba aquel hombre; sólo le contó que era escocés y que había llegado a Pine Creek justo el año anterior. Se habían conocido en una cena de la asociación de granjeros, y en tres meses se enamoraron locamente. Ella se quedó embarazada la primera vez que hicieron el amor y luego, tras otros cuatro meses de dicha, de pronto su mundo se volvió del revés. Una noche, mientras daban un tranquilo paseo, el escocés le contó un cuento fantástico, según Mary, y después le pidió que se casara con él.

Dos días más tarde ella llegaba a casa de Grace, en Virginia.

Durante los últimos cuatro meses, en más de una ocasión Grace le había pedido que le dijera qué le contó el escocés, pero su hermana se limitaba a quedarse callada con aire melancólico. Hasta que, inesperadamente, el día anterior le hizo saber que volvía a Pine Creek y le prometió explicárselo todo más tarde. No hacía ni una hora que se había marchado cuando la llamaron por teléfono. Mary ni siquiera había salido de la ciudad cuando un conductor borracho chocó contra su coche y lo mandó al otro lado de la mediana de una autopista de seis carriles. El equipo de rescate tardó tres horas en liberarla de lo que quedó del vehículo de alquiler.

Y ahora se estaba muriendo.

Mientras tanto, su niño recién nacido estaba justo al final del pasillo, sorprendentemente sano teniendo en cuenta que lo habían sacado del santuario del útero materno con un mes de antelación.

Una enfermera entró en la habitación y comprobó el gotero que estaba conectado a Mary; luego, tras dedicar a

Grace una sonrisa compasiva y decirle en un susurro que la avisara si necesitaba algo, salió igual de silenciosa. Grace se apresuró a ir tras ella.

—¿Puede ver mi hermana al niño? —le preguntó—. ¿Puede cogerlo en brazos?

La enfermera tardó sólo un segundo en pensarse la petición; de pronto su rostro maternal se animó.

—Me parece que puedo arreglarlo —dijo, con un gesto de asentimiento—. Sí, creo que debemos poner a ese niño en brazos de su madre cuanto antes.

Con suavidad, posó una mano en el hombro de Grace.

—Señorita Sutter, lamento lo que está ocurriendo, pero el accidente le ha provocado muchos daños a su hermana, y la cesárea de urgencia ha complicado las cosas. Ha sufrido un grave estallido del bazo, y ahora sus órganos van apagándose uno por uno. Sencillamente, no responde a ningún tratamiento. Es asombroso que esté consciente siquiera.

Se inclinó hacia delante y, en un susurro, como si estuvieran en la iglesia, añadió:

—Lo llaman «el niño del milagro», ¿sabe? No tiene ni un araño en su hermoso cuerpecito... Y ni siquiera necesita incubadora, aunque está metido en una por precaución.

Grace correspondió con una sonrisa algo forzada.

—Por favor, tráigalo para que Mary pueda abrazarlo —dijo—. Es importante que vea que está bien. Ha estado preguntando por él.

Dicho eso, regresó a la habitación. Mary estaba despierta. Su hundida mirada azul la siguió cuando rodeó la cama y volvió a sentarse a su lado. Entonces, en un trabajoso susurro, dijo:

—Quiero que me hagas una promesa.

Con cuidado, Grace le cogió la mano, enredada con los tubos del gotero, y le apretó los dedos con suavidad.

—Lo que quieras. Dime.

Mary sonrió débilmente mientras intentaba devolverle el apretón.

—Ahora sé que estoy muriéndome —dijo—. Tenías ocho años la última vez que me prometiste algo sin saber primero de qué se trataba.

Grace exageró el gesto de poner los ojos en blanco para que su hermana no viera lo mucho que aquella palabra, «muriéndome», le había herido el corazón. No quería que muriese. Sólo quería retroceder dos días: hasta aquellos momentos en que discutían como discuten las hermanas cuando se quieren.

—Y probablemente me arrepienta de esta promesa igual que entonces —le dijo con falsa jovialidad.

Los ojos de Mary se ensombrecieron.

—Sí, probablemente.

—Cuéntame.

—Quiero que me prometas que llevarás a mi niño de vuelta con su padre.

Grace se quedó anonadada. Esperaba que Mary le pediría que criase a su hijo, no que lo regalara.

—¿Que se lo lleve a su padre? —repitió, meneando despacio la cabeza—. ¿El mismo hombre del que huiste hace cuatro meses?

Mary le apretó un poco la mano.

—Ayer corría para volver con él —le recordó.

—Para empezar, no pienso hacer ninguna promesa hasta que me digas por qué te fuiste de Pine Creek y qué te hizo luego decidirte a volver —repuso Grace—. Dime qué te asustó tantísimo como para marcharte.

Con la mirada perdida, Mary adoptó un gesto inexpresivo, y por un momento Grace se temió que hubiera perdido el conocimiento. Respiraba de forma breve y superficial, y poco a poco su aliento fue volviéndose cada vez más fatigoso. Tenía los párpados cargados, las pupilas vidriosas

y una expresión distante. Y cuando Grace ya empezaba a pensar que tal vez ni siquiera hubiese oído su pregunta, Mary comenzó a hablar en voz baja.

—Tenía miedo —dijo—. Me dio un susto de muerte al contarme su historia.

—¿Qué historia? —Grace alargó de nuevo la mano para cogerle la suya—. ¿Qué te contó?

Una chispa traviesa animó de repente los ojos de Mary.

—Súbeme la cama —ordenó—. Quiero ver qué cara pones, hermana científica, cuando escuches lo que me dijo.

Grace pulsó un botón y observó cómo su hermana se incorporaba. Mary sólo la llamaba «científica» cuando quería convencerla de alguna idea estrambótica. Ella era la científica astronáutica; Mary, la soñadora.

De todos modos, se agarró a aquella pequeña chispa como a un salvavidas.

—Muy bien. Suéltalo —le dijo mientras le ponía una almohada detrás de la cabeza—. ¿Qué te contó ese machote para hacer que salieras corriendo?

—Se llama Michael.

—Vaya, por fin; así que tiene un nombre. ¿Michael qué?

Mary no respondió; estaba concentrada tratando de reunir las palabras mientras su mirada se perdía por encima del hombro derecho de Grace.

—Llegó a Pine Creek desde Nueva Escocia —dijo—. Y antes vivía en Escocia.

Miró a Grace. De pronto en sus azules ojos, dilatados por los medicamentos, brilló un destello de inquietud.

—Me dijo que había nacido en Escocia... —bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro— el año 1171.

Grace se enderezó en la butaca y clavó la mirada en Mary. Convencida de haber oído mal, repuso, también en un susurro:

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—En 1171.

—Quieres decir en 1971, ¿no?

Despacio, Mary meneó la cabeza.

—No; en el año 1171. Hace ocho siglos.

Grace sopesó aquella información e intentó darle un calificativo; «increíble» era quedarse corto... Pero luego, de pronto, se rió en voz baja.

—Mary, ¿huiste de él porque cree en la reencarnación? —hizo un gesto con la mano—. Caray, la mitad de la población mundial cree que ha vivido otras vidas en el pasado. Incluso hay religiones que se basan en la reencarnación.

—No —insistió Mary, meneando la cabeza—, Michael no se refería a eso. Dice que pasó los primeros veinticinco años de su vida en la Escocia del siglo XII, y los últimos cuatro años aquí, en la Norteamérica de nuestros días. Que una tormenta lo hizo viajar a través del tiempo.

Grace se quedó sin palabras.

—En realidad —prosiguió Mary—, cinco miembros de su clan y sus caballos de guerra también vinieron con él.

Al ver la pena que reflejaban los ojos de su hermana, Grace inspiró profundamente.

—¿Y dónde están esos hombres ahora? ¿Y sus... sus... caballos?

—Han muerto; han muerto todos. Michael es el último de su clan —las facciones de Mary se relajaron—. Bueno, ahora está su hijo.

Alargó la mano para coger la de Grace y la agarró con sorprendente fuerza.

—Por eso volvía ayer. Para Michael, la familia es algo importante. Está solo en este mundo, salvo por nuestro niño. Por eso tienes que llevarle a su hijo —dejó escapar un cansado aliento y miró a su hermana con ojos tristes y resignados—. Estoy muriéndome. Tienes que hacerlo por mí, Gracie. Y además tienes que decirle a Michael que lo amo.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas, y Grace bajó la vista para mirarla a través de sus propias lágrimas.

—Pero ¿tú oyes lo que estás diciendo, Mare? Estás pidiéndome que le lleve tu hijo a un loco. Si de verdad cree que ha viajado en el tiempo, es que está majareta... ¿Y quieres que él críe a tu hijo?

Mary soltó una temblorosa respiración y volvió a cerrar los ojos. Una vez más, el silencio se posó en el cuarto.

Mary le pedía que llevara a su hijo, a su sobrino, a un perturbado. Grace se cubrió la cara con las manos. ¿Cómo podía pedirle semejante cosa?

Y, por otro lado, ¿cómo iba a negarle aquel deseo a su hermana cuando se estaba muriendo?

Grace oyó que la puerta volvía a abrirse con un soplo amortiguado, y al levantar la vista vio que alguien metía en la habitación un moisés de plástico transparente montado sobre ruedas. En el aire se agitaban unos bracitos cubiertos de algodón blanco, con las mangas tan largas que no había ni rastro de las diminutas manos que debían asomar por los extremos.

Tuvo que secarse las lágrimas al ver que Mary había vuelto a despertarse y se esforzaba por distinguir al niño.

—Ay, Dios mío... Míralo, Gracie —susurró Mary, alargando una temblorosa mano hacia él—. Es tan chiquitín...

La enfermera puso el moisés junto a la cama. Después, con cuidado, le colocó a Mary una almohada en el regazo para que descansara en ella el brazo derecho, que tenía escayolado; a continuación sacó del moisés el diminuto bulto que chillaba y, con suavidad, lo acomodó en la almohada.

Mary le sostuvo la cabeza con dulzura.

—Qué rosado está... —dijo—. Y qué precioso.

—Cree que es hora de cenar —dijo la enfermera—. Si se siente con ánimos, puede darle un poco de agua azucarada.

—Ay, sí —dijo Mary, tirando ya de la mantita que cubría al niño.

La enfermera lo movió hasta apoyarlo en el hueco del brazo roto y después le pasó a Mary un diminuto biberón

llo de un líquido transparente. Los tubos clavados en la mano izquierda se enredaban con los pies de su hijo, que no dejaba de patear, y entonces la enfermera rodeó la cama, le pasó el biberón a Grace, quitó con cuidado los tubos de la mano de Mary y tapó la vía con una venda que sacó de la bata.

—Bueno, la verdad es que no necesita esto —dijo, mientras colgaba los tubos en el gotero.

Luego volvió a coger el biberón de agua azucarada y lo metió en la nerviosa boca del niño. Libre ya, Mary tomó el relevo con ilusionada torpeza.

La enfermera se quedó mirándola un momento para asegurarse de que podía encargarse de la tarea, y luego se dirigió a Grace.

—Voy a dejarlas solas con el niño. —Sus ojos tristes la traicionaron mientras sonreía a Mary y a su hijo. Volvió a mirar a Grace—. No tiene más que llamarme si necesitan algo; vendré al instante.

El pánico inmovilizó a Grace. ¿La enfermera las dejaba solas? ¡Ninguna de las dos sabía nada sobre recién nacidos!

—Mira, Gracie. ¿A que es precioso? —preguntó Mary en ese momento.

Ella se levantó y observó detenidamente a su sobrino. ¿Precioso? Sin duda era el niño más feúcho que había visto nunca. Tenía las hinchadas mejillas rojas debido al esfuerzo y los ojos engurruñados; barbilla y cuello se fundían en una serie de arrugas superpuestas, y por debajo de un gorro de punto de vivo color azul salían disparados unos puñados de pelo tieso y oscuro.

—Es monísimo —le dijo a Mary.

—Quítale el gorro —pidió su hermana—. Quiero verle el pelo.

Con suavidad, Grace le quitó el gorro a su sobrino, aunque al instante sintió la tentación de ponérselo otra

vez. Dos orejas bastante grandes, perfectamente formadas, se apartaron de pronto sus buenos dos centímetros de la cabeza y empujaron el pelo, ya liberado, hasta convertirlo en una masa de enloquecidos pinchos.

Parecía un duende.

—¿A que es precioso? —repitió Mary.

—Es monísimo —confirmó de nuevo Grace, intentando con todas sus fuerzas ver a su sobrino como lo veía su hermana.

De niña, en el hogar de los Sutter, Mary era la amante de los animales, y no paraba de llevar a casa gatitos zarrapastrosos, pájaros y ardillas heridos y perros roñosos. No era de extrañar que su hijito le pareciera un tesoro.

Y sí que lo era. Feúcho pero un tesoro.

—Vamos a desvestirlo —dijo Mary—. Ayúdame a contarle los dedos de las manos y de los pies.

Sobresaltada, Grace miró a su hermana.

—¿A contárselos? ¿Por qué? ¿Crees que le falta alguno?

Mary soltó una débil risa mientras le secaba la boca a su hijo con la mantita.

—Claro que no, pero es lo que hacen todas las mujeres que acaban de ser madres.

Grace decidió complacerla. Con cautela, intentó desatar los cordones que había a los pies del diminuto camisón de dormir; era una tarea difícil, porque el niño, contento ya con la barriga llena, no dejaba de dar patadas mientras hacía gigantescas pompas de saliva con los labios fruncidos.

Al final, entre sus dos manos buenas y la temblorosa mano sana de Mary, le liberaron las piernas. Grace levantó primero un pie y luego el otro y fue contando los dedos en voz alta.

Luego los contó otra vez.

Doce.

Seis en cada diminuto pie.

Mary soltó un débil chillido de júbilo, o, al menos, eso pareció. Grace se quedó mirándola aturdida.

—Un don de su papá —dijo Mary en un apagado susurro—. Michael tiene seis dedos en cada pie.

Grace quiso preguntar si eso era para alegrarse. ¿Ser deforme era algo bueno?

—Quítale la camisa y el pañal —añadió Mary entonces—. Quiero verlo desnudo.

A Grace le dio miedo. ¿Qué más sorpresas escondería la ropa? Sin embargo, hizo lo que su hermana le pedía, aunque temía romper al diminuto niño con su manipulación. No sabía qué hacer. Caray, si de pequeña ni siquiera jugaba con muñecas... Hasta cumplir los ocho años siempre iba de caminatas y a pescar con su padre, pero un día uno de sus hermanos mayores llevó a casa una biografía de Albert Einstein: fue el descubrimiento del mundo de la ciencia. Desde ese momento, ya sólo hubo para ella telescopios, libros científicos y pizarras llenas de fórmulas matemáticas.

Le quitó al niño el faldón y luego el pañal; acto seguido, ahogó un grito y se apresuró a taparlo otra vez.

Mary le quitó el pañal del todo.

—Eres una puritana, Gracie —dijo, mientras tomaba el trasero de su niño—. En teoría, así es como tiene que ser. Ya crecerá, y entonces le quedará bien.

Con el dedo le dibujó el contorno de la cara. Luego, en un gesto posesivo, le pasó el dedo por todo el cuerpecito.

—Coge otro pañal antes de que nos rocíe —dijo.

Grace se apresuró a obedecer. Entre las dos, y con sus tres manos, por fin lo cambiaron y le pusieron otra vez el faldón.

Mientras ataba de nuevo los cordones de los pies, Grace sintió que le caía una gota en la mano. Se detuvo y alzó la vista; Mary lloraba en silencio mientras contemplaba a su hijo. Agarró los pies del niño para que no patalearan y le hicieran daño y preguntó:

—¿Qué pasa, Mare? ¿Te duele algo?

Sin apartar un segundo los ojos de su pequeño, Mary meneó la cabeza despacio y volvió a pasarle un dedo por la mejilla. Luego, con una voz que por instantes se hacía cada vez más cansada y más débil, susurró:

—Quiero verlo crecer —miró a Grace—. Quiero que me tenga a su lado cuando se caiga y se despelleje las rodillas, cuando atrape su primera serpiente, cuando bese a su primera novia y cuando le rompan el corazón un día sí y otro también...

Grace se estremeció como si hubiera recibido un golpe. Entonces cerró los ojos para contener el dolor que le brotaba en la garganta y se obligó a no llorar.

Mary alzó la mano y le pasó un tembloroso dedo por la mejilla, como había hecho con su hijo.

—Así que depende de ti, Gracie. Tienes que estar a su lado por mí. Llévaselo a su padre y quédate al lado de los dos. ¿Me lo prometes?

—No está cuerdo, Mare. Cree que ha viajado a través del tiempo.

Mary volvió a mirar a su hijo.

—A lo mejor lo ha hecho.

Grace quiso gritar. ¿Es que los medicamentos que llevaba en el cuerpo estaban nublándole el entendimiento? ¿Se encontraba tan cansada, tan debilitada mentalmente, que no se daba cuenta de lo que pedía?

—Mary —la tomó por la barbilla para hacer que la mirara—: la gente no viaja a través del tiempo.

—Me da lo mismo que haya venido de Marte, Gracie; lo amo. Y él querrá a nuestro hijo más que nadie. Se necesitan, y yo necesito tu promesa de reunirlos.

Grace se apartó de la cama para mirar por la ventana. Estaba poco dispuesta a hacer semejante promesa. No sabía nada sobre niños pequeños, pero era inteligente y disponía de una buena situación financiera. ¿Sería muy difícil

criar a un niño? Leería libros sobre el tema para garantizarle una buena vida, llena de amor y de atenciones.

No conocía a Michael el escocés y, además, lo que sabía de él no le gustaba nada.

Pero, por otro lado, todavía le costaba más negarle a Mary su deseo. Era la primera vez que su hermana le pedía algo, y se debatía entre su amor por ella y la preocupación por su sobrino.

—Ven con nosotros a la cama, Gracie —dijo Mary—. Como hacíamos antes.

Grace se volvió. Su hermana tenía los ojos cerrados y agarraba fuerte al niño contra su pecho; el pequeño se había dormido. Entonces regresó a la cama y se apresuró a bajarla; luego, sin dudar, se quitó los zapatos, abatió la barandilla lateral y se acostó al lado de su hermana. Al instante, Mary se acurrucó junto a ella.

—Mmm. Qué bien —murmuró sin abrir los ojos—. ¿Cuándo fue la última vez que compartimos cama?

—En el funeral de mamá y papá. —Grace puso una mano en el trasero del niño, que sobresalía al aire, y le acarició la espalda—. ¿No te parece que deberíamos darle un nombre?

—No. Ése derecho le corresponde a Michael —respondió Mary—. Hasta entonces llámalo sólo Niño.

—¿Niño qué? No me has dicho el apellido del padre.

—MacBain, Michael MacBain. Ha comprado la granja de los Bigelow, la granja del Árbol de Navidad.

Aquello cogió de nuevas a Grace.

—¿Y qué ha sido de John y Ellen Bigelow?

—Siguen viviendo allí. Michael vive con ellos —dijo Mary.

Su voz sonaba cada vez más lejana. Se volvió para mirar a Grace; las lágrimas vidriaban sus ojos azules, en tiempos tan hermosos y animados, y ahora mates. Los cerró de nuevo y añadió:

—Es un buen hombre, Gracie. Fuerte como una roca. «Salvo que cree que tiene ocho siglos», pensó Grace. Movi6 la mano del trasero de su sobrino al cabello de su hermana y se lo apart6 de la frente. Entonces Mary volvi6 la cara hasta apoyársela en la palma.

—Sigo esperando tu promesa —dijo.

Grace inspir6 hondo y por fin pronunci6 las palabras que había evitado decir de forma tan terca..., y, acaso, también, tan egoísta.

—Te lo prometo, Mare. Llevaré a tu hijo a Michael MacBain.

Mary le bes6 la palma de la mano y suspir6 profundamente. Después se acomod6 mejor y se acerc6 más todavía.

—Y esparciréis mis cenizas en la montaña TarStone... —dijo luego. Su voz fue apagándose hasta convertirse en un susurro—, la mañana del solsticio de verano.

—El... el solsticio de verano. Te lo prometo.

Grace rode6 con una mano la cabeza de Mary y con la otra sigui6 abrazando a Niño mientras una tranquila y suave sensación de paz se instalaba de nuevo en la habitación. A continuación se coloc6 en el hueco del hombro de su hermana y sintió bajo la mejilla, húmeda de lágrimas, cómo iba debilitándose el pulso de su vida.

Dos horas después, sin dolor y sin lucha, todo había terminado. El corazón de Mary, sencillamente, dej6 de latir. En el cuarto sólo qued6 un sonido: la suave y dulce respiración de un bebé que dormía.